

La redefinición de la ciencia política en el siglo XX: controversias, orientaciones y tendencias en su desarrollo disciplinar.

Héctor Zamitiz Gamboa

Hz3150@gmail.com

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México

Eje temático: Producción y Enseñanza de la Ciencia Política

Proyecto de investigación PAPIIT Proyecto PAPIME PE301917 “Definición y redefinición de la Ciencia Política contemporánea”, auspiciado por la DGEPA-UNAM.

“Trabajo preparado para su presentación en el X Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Políticas (ALACIP), organizado en colaboración con el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), los días 31 de julio, 1, 2 y 3 de agosto de 2019

Resumen

El proceso de institucionalización de la ciencia política y el advenimiento y desarrollo de nuevos enfoques teóricos metodológicos a partir de la “revolución behaviorista”, deben estudiarse con detenimiento, pues son fundamentales para entender lo que podemos denominar la redefinición del objeto de estudio de la disciplina. Del análisis de estos dos momentos se ha derivado un debate contemporáneo que perdura sobre las controversias y orientaciones en el desarrollo de la ciencia política, el cual es histórico, metodológico e ideológico y que los autores más representativos han abordado, aunque sea marginalmente. Nosotros consideramos que debe seguirse discutiendo con el fin principal de conocer las tendencias futuras de la disciplina.

Introducción

La Ciencia Política contemporánea refleja un problema estructural que requiere discutirse. Este problema es histórico, teórico-metodológico e ideológico, sobre la existencia de la preeminencia de una Ciencia Política empírica de carácter cuantitativista (*mainstream*), que revolucionó el estudio del comportamiento político, afirmada en los Estados Unidos a mediados del siglo XX, de la cual se derivan varios enfoques metodológicos de lo que se considera una ciencia política empírica. En este proceso es importante conocer cómo este tipo de Ciencia Política se entrelaza con los estilos regionales y nacionales, en los que destacan las tesis de la especialización, de la fragmentación (“mesas separadas”) y la hibridación (interdisciplina o subcampos especializados) a partir del estudio e interpretación de determinados fenómenos.

Esta discusión es pertinente, entre otras razones, porque: a) es útil para definir a la Ciencia Política contemporánea como disciplina, su objeto de estudio, sus teorías y sus métodos que se han convertido en paradigmas “convencionales” de la misma y, b) a partir de este planteamiento, se requiere continuar ampliando la discusión sobre los aspectos más relevantes de dicho debate, con la finalidad de aproximarse a estudios de caso (estilos regionales y nacionales), en particular en España y

Latinoamérica, a partir de establecer algunas convenciones sobre lo que debemos entender por las redefiniciones de la Ciencia Política.

Desde la antigüedad clásica se ha transmitido un vasto cuerpo de teoría y conocimiento que hoy se engloba bajo la categoría de ciencia política. Sería, sin embargo, imposible formular una definición precisa o del contenido del método de esta disciplina peculiarmente amplia, puesto que en la denominación “ciencia política” (o “ciencia de la política” para algunos), ni el concepto de ciencia ni tampoco el de política tienen una connotación fija; en otras palabras, la disciplina carece o bien de un conjunto claramente delimitado o bien de una metodología definitivamente prescrita.

Referirse a la ciencia política o, en otros términos, al estudio de la política generalmente comporta cierto grado de confusión. Se trata de un término impreciso en el que los aspectos valorativos generan una complicación adicional. Tanto la diversidad del objeto de estudio como de los métodos existentes conduce a un estado de cierta perplejidad que aboca a la parálisis¹.

En el transcurso del tiempo han cambiado, tanto el objeto (qué es la política), como el sujeto (qué es la ciencia), de tal modo que la evolución de la disciplina puede, y acaso deba, trazarse y analizarse precisamente en referencia a estas dos modificaciones, ninguna de ellas definitiva y ambas susceptibles de variaciones y profundizaciones.

A partir de este planteamiento desde hace tiempo se ha consolidado la costumbre de distinguir si la expresión “ciencia política” es empleada en sentido *amplio* o en sentido *restringido*, es decir en “plural” o en “singular”. En el sentido amplio, la definición denota cualquier estudio de lo inmenso, de las estructuras y de las dinámicas políticas conducido con rigor y sistematización sobre un riguroso examen de los hechos expuestos con argumentos razonables y un léxico apropiado. En

¹ Véase, Manuel Alcántara Sáez, “¿Cuándo hablamos de ciencia política de qué hablamos?”, en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, No. 7, 1994, pp. 9.

sentido estrecho, “ciencia política” designa un área bien individualizada de estudios especializados que, siguiendo los cánones de la verdad empírica, del control comparado y de la evaluación, produce una descripción del mundo político fundada en la adopción de métodos y técnicas de investigación de corte eminentemente cuantitativo.

Si se utiliza la acepción amplia (es referirse a la primera ciencia política), como señalamos anteriormente, la disciplina tiene una historia larguísima que sobresale a los escritos de Aristóteles donde está configurada como un “saber arquitectónico” indispensable para la edificación de una comunidad fundada en el bienestar, la integración y el equilibrio. En la acepción restringida, la ciencia política presenta, por el contrario, una historia brevísima que coincide con la afirmación de una empresa intelectual, especializada y profesionalizada, difundida principalmente en las universidades y en los institutos de investigación en los años sucesivos a la Segunda Guerra Mundial.²

Conforme al anterior planteamiento y con un afán de facilitar cualquier intento de definición de la ciencia política, Giovanni Sartori sugirió distinguir entre ciencia en sentido *stricto* y ciencia en sentido *lato* (amplio)³, distinción que Norberto Bobbio subrayó para “denotar cualquier estudio de los fenómenos y de las estructuras políticas conducido con sistematicidad y con rigor, apoyándose en un amplio y agudo examen de los hechos, expuesto con argumentos racionales”.⁴

Por tanto, para abordar su definición Sartori propone que la expresión y la noción de “ciencia política” se determine en función de dos variables: 1) el estado de la organización del saber y, 2) el grado de diferenciación estructural de los componentes humanos. Comprender históricamente esta proposición supone reconocer que la noción de ciencia no puede afirmarse hasta que no se lleva a cabo la división y especialización del trabajo cognoscitivo y, la noción de política, desde

² Giorgio Sola, *Incontro con la Scienza politica*, Bologna, il Mulino, 2006, p. 8

³ Giovanni Sartori, *La Política. Lógica y método de las Ciencias Sociales*, México, FCE, 1992, 320, pp.

⁴ Norberto Bobbio “Ciencia Política”, en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI, Editores, 1985, Tomo 1, pp. 255-263

siempre, ha calificado todo y, por lo tanto nada específico, hasta que las esferas de la ética, de la economía y de lo político-social se mantuvieron no divididas y no se tradujeron materialmente en diferenciaciones estructurales (estructuras e instituciones) que pudieran calificarse de políticas.⁵

El desarrollo de la disciplina se ha llevado a cabo de forma particular en diferentes países y muestra diversas características según los países y las regiones. No obstante, mientras que la ciencia política angloamericana es bien conocida, la producción y características de la ciencia política escrita en los idiomas de los propios países que disponen un mercado propio, no lo son tanto.⁶

La discusión de esta cuestión se generó en las últimas décadas del siglo pasado, y aunque subyace en forma ideológica es necesario ampliarla y profundizarla, entre otras razones, porque es útil para definir a la ciencia política contemporánea como disciplina, su objeto de estudio, sus teorías y sus métodos. A partir de este planteamiento, se requiere reflexionar sobre los aspectos más relevantes de dicho debate, uno de ellos es el que se refiere a los orígenes de los enfoques y escuelas.

Consideramos que la discusión contribuye también a comprender el problema del recorrido para lograr su autonomía frente a otras ciencias sociales, y que no siga siendo considerada una disciplina “en entredicho”, o bien “infeliz”, porque todavía no logra convencer que pueda ser una ciencia aplicable.⁷ O más aún, que algunos autores señalen que con el avance y desarrollo de la ciencia política empírica, se ha generado la idea de la “muerte” de ésta, debido a la ausencia de un diálogo más estrecho con la filosofía política y otras disciplinas que le son necesarias para su “renacimiento”⁸.

⁵ Giovanni Sartori, *La política, Lógica y Método de las Ciencias Sociales*, México, FCE, 1992, 320, pp.

⁶ Dieter Nohlen y Rainer-Olaf Schultz reseñan cinco estilos de ciencia política (Alemania, España, Francia, Italia y América Latina) que podríamos considerar estilos nacionales (aunque el último es una región). Consulté, Nohlen, Dieter y Rainer-Olaf Schultz, voz “Ciencia política”, en *Diccionario de Ciencia Política. Teorías, métodos, conceptos*, México, Editorial Porrúa-El Colegio de Veracruz, 2006, pp. 158-192.

⁷ Véase, Fernando Barrientos del Monte, *Buscando una identidad. Breve historia de la ciencia política en América Latina*, México, México, Editorial Fontamara-Universidad de Guanajuato, 2014, p. 19.

⁸ Cfr. César Cansino, *La muerte de la ciencia política*, México, Debate, 2010, p. 18

No está por demás señalar que participar en el debate no es sencillo, pues está de por medio discutir cuál es la “versión verídica de la historia de la disciplina”, toda vez que este ejercicio requiere inevitablemente llevar a cabo una reconstrucción de la evolución de la ciencia de la política, pues dicha evolución ocurre de manera conjunta a través de la definición/redefinición de su objeto de estudio.⁹

Proponemos entonces que por *definición* de una disciplina se entienda el momento en que esta logra precisar su objeto de estudio, así como sus fundamentos teóricos, conceptuales y metodológicos, con capacidad de instrumentación empírica. Estos momentos están referenciados en términos temporales y espaciales; y, por *redefinición* se deben entender aquellos procesos mediante los cuales se registran cortes, divisiones, hitos o cambios de paradigma en su misión por estudiar la realidad social. Aunque no debe dejar de señalarse que, en lo general, los científicos sociales se identifican o están inscritos en escuelas o corrientes de pensamiento, a partir de las cuales sustentan sus cosmovisiones y formulan sus proposiciones.

De la ciencia política a las ciencias políticas

Aunque no es un consenso generalizado una introducción a la ciencia política debe iniciar por la distinción entre política y politología. Esto es lo que hace Marcel Prélot¹⁰ cuando plantea que en general, “la política es esencialmente la vida política, la lucha por el poder; es el fenómeno en sí mismo”. En cambio, la palabra politología parece perfectamente aceptable, pues su primera ventaja con respecto a *estadología* (y también, por otra parte, con respecto a sociología), es que sus dos componentes han sido tomados del mismo idioma. Constituido por dos palabras griegas: *polis*= ciudad, Estado; *logos*= razón, exposición razonada de un tema, el término se consideró bien elegido para designar el conocimiento sistemático de la cosa pública o del Estado. Por ello, atendiendo al uso y deseando contribuir a crearlo, cuando

⁹ Véase, Gianfranco Pasquino, *Nuevo Curso de Ciencia Política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 11

¹⁰ Para la reconstrucción de este proceso tomamos como base el libro de Marcel Prélot, *La ciencia política*, Buenos Aires, EUDEBA, 1969.

nos referimos a politología nos referimos al conocimiento sistemático y ordenado de los fenómenos relativos al Estado¹¹.

En este sentido, la politología ha constituido una ciencia desde sus orígenes. Los griegos son a la vez los creadores de la política y de la ciencia política. Y entre los griegos, Aristóteles no fue solo el principal promotor del conocimiento científico, sino también el autor de un gran descubrimiento: el de que cada ciencia tiene su individualidad. Le debemos a él la política, la ciencia política y la situación de ésta en el seno de las ciencias.

Sin embargo, Prélot afirma que desde la segunda mitad del siglo XVIII existe ya una fisura en la politología, pues el uso cada vez más generalizado de un término que se origina a principios del siglo XVII, como fue el de economía política (desarrollado bajo la influencia inglesa), va a provocar una creciente incertidumbre en el sentido de que la politología va a ser sustituida por la ciencia económica, y se producirá, asimismo, otro cisma que no dejará de mostrar semejanzas en sus orígenes y en sus resultados con el de la economía, pero ahora la separación será entre lo político y lo social, es decir la politología experimentará una sustitución por la sociología (desarrollada bajo la influencia francesa).

Pero la escuela alemana que superó el divorcio entre lo económico y lo sociológico, va a engendrar ella misma la separación de lo jurídico. Recordemos las radicales y sonoras tesis de Georg Jellinek que al principio de su libro *Allgemeine Staatslehre* (Teoría general del Estado) observa que la palabra “política” significa en griego “doctrina de la *polis* y que se debe traducir por “doctrina del Estado”. En este sentido, la categoría “Estado” se examinó bajo dos perspectivas completamente diferenciadas. Un primer punto de vista era el que se identifica como “subjetivo-ideológico”, mediante el cual se argumentaba normativamente los cambios o

¹¹ La objeción más seria según Prélot que podría hacerse a politólogo “es que el término no se forma directamente a partir de *polis* (la ciudad o el Estado), sino de su derivado *polites* (el ciudadano). En consecuencia, la politología sería más bien la ciencia del ciudadano que la de la ciudad. Pero en esto el ejemplo fue dado por los mismos griegos, quienes formaron *politeia*, a partir de *polites* y no a partir de *polis*. Cfr., Marcel Prélot, *La ciencia política*, Buenos Aires, EUDEBA, 1969, p. 14.

reformas que se consideraban necesarios para la consecución final de una “mejor” política o gobierno. La segunda perspectiva podría designarse con el título de “objetivo-institucional” fuertemente influenciada por la disciplina del derecho. En este enfoque particular, afirma Albert Batlle, el contexto intelectual que determinaba el análisis del Estado como uno de los objetos propios de la ya mencionada ciencia política estaba delimitado por la influencia ejercida por Comte, Spencer y Hegel: se consideraba el análisis del Estado bajo unos parámetros esencialmente evolucionistas, históricos y comparados. “Las instituciones estatales se analizaban siguiendo los dictados de la escuela legalista de la *Staatslehre* (que precisamente significa ciencia política)¹². El Estado no era más que un conjunto de estructuras e instituciones políticas que se podían explicar a través del estudio y análisis del derecho público”¹³.

Continuando con este breve repaso histórico del desarrollo de la ciencia política a las ciencias políticas, Prélot afirma que “ya sea beneficiándose con el entusiasmo por la novedad, o haciendo uso de una antigua posición de Estado, la economía, la sociología y el derecho público despojaban de lo mejor de su sustancia a lo que fue tradicionalmente el dominio de la política. El contenido de ésta disminuía hasta desaparecer por completo, debido a la creciente especialización de las ciencias políticas”, por lo que la politología se fue desmembrando y convirtiéndose en una ciencia sin contenido.

La cuestión es que cada vez que aparece el estudio de la política ésta era absorbida por alguna otra ciencia. Cada hecho desde que se le abordaba como problema,

¹² Cabe hacer la aclaración que junto a la ciencia política que se había venido desarrollando en todos los países, en Alemania la disciplina era distinta pero estrechamente ligada a ella, conocida normalmente como Teoría General del Estado. Hermann Heller, afirma al respecto, que la línea de demarcación entre las dos disciplinas no estaba clara porque en ningún caso la terminología y el campo de aplicación eran constantes. Para Heller, el problema era relativamente simple: “si la ‘teoría del Estado’ se entiende meramente como un tratamiento dogmático de los conceptos positivos generales de derecho público, lo cual es factible, no obstante, solo si la Teoría del Estado no toma en consideración al Estado real y lo identifica con el orden legal. En todos los casos la línea divisoria entre la ciencia política y la Teoría del Estado fluctúa. Hasta hace poco, bajo la influencia de la filosofía del derecho natural, se acostumbraba vincular Teoría del Estado y filosofía política y a contraponerlas en cierto modo como una sola a la ciencia política empírica. Pero desde que la Teoría del Estado ha llegado a emplear también una metodología empírica, esta antítesis ha perdido su significado”. Cfr., Hermann Heller, *El sentido de la política y otros ensayos*, Editorial Pre-Textos, 1996, p. 94.

¹³ Cfr., Albert Batlle, “Introducción”, en *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel, 1992, p. 11.

desde que se le profundizaba, dejaba de pertenecer al conjunto general de la ciencia política, para entrar en el comportamiento particular de una disciplina positiva bien caracterizada; es decir lo que constituía la ciencia política clásica fue perteneciendo, por razones de prioridad, a otras ciencias más evolucionadas y por lo tanto en mejores condiciones de promover el estudio y hacer progresar el conocimiento.

Esta situación ocasionó que a finales del siglo XIX la política desapareciera como sustantivo que designa a una disciplina autónoma y sólo quedó como calificación de otras disciplinas. En otros términos, no existía más la ciencia política, pues quienes subsistían eran las ciencias políticas, lo que para algunos fue considerado una excesiva reabsorción total de la politología en sociología política, economía política, derecho político, historia política, filosofía política y geografía política, pues quedaba algo de ella después de que todas las ciencias habían recibido plenamente su parte.

La idea de que la ciencia política sería una síntesis de las ciencias políticas, aparecerá entonces como contradictoria. Los más benévolo admitirán la existencia de una filosofía política que tendrá una ambición, pero la sitúan en un futuro indeterminado. El hecho es que paradójicamente, la multiplicidad y el progreso de las ciencias políticas contribuía en el primer tercio del siglo XX a la desaparición de la politología.

¿Cómo se redefine la ciencia política en el siglo XX?

El desarrollo de la ciencia política contemporánea, tanto en América como en Europa, puede ser identificada en relación con cuatro distintos periodos.¹⁴ El primero se extiende desde el final del siglo XVIII hasta el último cuarto del Siglo XIX; un segundo periodo de 1870-75 hasta el final de la primera guerra mundial; un tercer periodo coincide con el intervalo de tiempo que corre entre las dos guerras; un

¹⁴ Tomamos como base para la descripción del desarrollo y transformaciones de la ciencia política la elaboración de Giorgio Sola, *Incontro con la Scienza politica*, Bologna, il Mulino, 2006, en particular el capítulo primero intitulado "La política come scienza", pp. 13-35

cuarto periodo cubre los años comprendidos entre el final de la segunda guerra mundial hasta el día hoy.

El primer período, que se prolonga por casi un siglo, tiene que ver propiamente con los orígenes de la disciplina y sus batallas para diferenciarse tanto de la filosofía política -de la cual rechaza la dimensión prescriptiva-, como de las ideologías que contrastan por la dimensión profética, así como por el reduccionismo metodológico. En esta fase de su historia la ciencia política tiende a acreditarse como un conocimiento concreto de la realidad, fundada no en opiniones, preferencias y expectativas sino en la individuación de las condiciones, condicionamientos y relaciones objetivas entre fenómenos. Protagonistas de este periodo son en América, los autores de los *Federalist Papers/ Papeles Federalistas* (1787-88) – Madison, Hamilton y Jay –cercanos a T. Jefferson, F. Lieber y T. Woolsey; en Europa, los franceses Saint-Simon, Comte, Constant, Tocqueville; los alemanes Marx, Bluntschli y Treitschke y los ingleses W. Bagehot y J. Stuart Mill.

El segundo periodo dura casi cincuenta años y coincide con la institucionalización de la disciplina. Es el periodo en donde se fundan las primeras asociaciones profesionales, se publican las primeras revistas especializadas y se instituyen las primeras cátedras universitarias. La acreditación de la ciencia política como enseñanza académica viene, por lo que respecta a América, en los años sucesivos a la guerra de Secesión y, en Europa a la mañana siguiente después de la trágica experiencia de la Comuna de París. Los sucesos políticos seguidos a estos sucesos hacen madurar, contemporáneamente sobre las dos orillas del Atlántico, una serie de iniciativas que forman una nueva clase política y dirigente abierta a todo aspecto de la vida y del debate público. Se abre camino, de hecho, a la idea que la tradicional competencia jurídica se debe de apoyar con una preparación de naturaleza político administrativa, no dogmática sino histórico crítica. Así, toman vida algunas instituciones que introducen la ciencia de la política y de la administración como materia fundamental de su curso formativo. En 1871 nace en París la Escuela Libre de Ciencias Políticas como obra de Emile Boutmy; en 1874, por iniciativa de Carlo Alfieri di Sostegno, surge en Florencia, la Escuela de Ciencias Políticas; en 1880

se funda por John Burgess la Escuela de Ciencia Política cerca de la Universidad de Columbia en Nueva York.

Pero más allá de los resultados académicos, bajo un perfil teórico y metodológico, este periodo destaca por la existencia de una sustancial confusión. De hecho, mientras ha sucedido el intento de separar la ciencia política del derecho constitucional y de la economía, menos evidente es la capacidad de tomar la distancia de la sociología. Si se excluye a Gaetano Mosca quien, en los *Elementos de ciencia política* (1896) se propone por primera vez en Italia conferir a la disciplina un estatuto reconocido y un contenido preciso, los otros estudiosos activos en estos años tienden a sobre poner las dos disciplinas. Esto lo demuestran los trabajos de Weber, Pareto, Durkheim, Tönnies, Simmel y Spencer, las investigaciones de Ostrogorski y Michels sobre los partidos políticos, y el estudio de Bentley sobre los grupos de presión.

El tercer periodo que cubre *grosso modo* dos decenios, se presenta como una época de transición caracterizada por profundos cambios. En el contexto europeo, tales cambios se manifiestan sobre todo en el repliegue de la disciplina frente a los regímenes dictatoriales. En el contexto americano, por el contrario, las instituciones democráticas favorecen tanto una consolidación académica como una radicalidad profesional. Los protagonistas de esto son, en Europa, autores como J. Ortega y Gasset y K. Mannheim. H. Laski y G. E. G. Catlin, C. Schmitt y O. Hintze, F. Neumann y F. Oppenheimer, G. Ferrero y A. Gramsci y, en los Estados Unidos, un grupo de estudiosos del departamento de ciencia política de la Universidad de Chicago que, bajo la dirección de Charles Merriam, se convierte en la sede principal de la politología americana. En una polémica dirigida a estudios de organización jurídica e institucional que circunscriben el objeto de estudio en el Estado y en el gobierno, Merriam y sus principales colaboradores –Harold Gosnell, Stuart Rice, Leonard White y Harold Lasswell– alargan el campo de los fenómenos para someterlos a la investigación empírica. Por lo tanto, se estudian los partidos, las administraciones locales, los grupos de interés y de presión; se llevan a cabo las primeras investigaciones cuantitativas sobre el comportamiento electoral; se

analizan fenómenos como el nacionalismo y la propaganda; se consideran los vínculos entre los componentes de la personalidad y el comportamiento político.

El cuarto y último período corresponde a la segunda mitad del siglo XX y puede ser ágilmente separado en dos períodos principales. El primero, de 1950 a 1970, es marcado por el triunfo del paradigma de comportamiento que, sobre todo en los Estados Unidos, vienen a sustituir los paradigmas centrados en el “Estado” y en el “poder”. El segundo, desde 1970 hasta nuestros días, es identificado por el redimensionamiento del comportamiento y por la difusión de una variedad de paradigmas alternativos.

Protagonista de la revolución del comportamiento es una generación de investigadores que quieren tomar distancia de la ciencia política tradicional y conferir a la disciplina un aspecto más empíricamente orientado. La salida en el marco de pocos años, de los trabajos de H. A. Simon, P. Lazarsfeld, V O. Key, G. A. Almond T. W. Adorno, B. Berelson, S. M. Lipset, R. E. Lane, D. Easton, A. Downs, R. Dahl, S. Verba, A. Campbell, H. Eulau y H. Eckstein redefinen el contenido y el papel de la ciencia política al interior del campo de las ciencias sociales y, al mismo tiempo, codifican un cuadro de teorías, aproximaciones y técnicas de encuesta largamente discutido.

En muy poco tiempo el conductismo obtiene un éxito clamoroso y se impone como el paradigma dominante no sólo en América, sino en todo el mundo. Al menos tres son los motivos de esta afirmación: 1) la rigurosa y coherente connotación empírica; 2) el carácter seguro de la prospectiva cuantitativa que, con el recurso y columnas y tablas de números y porcentajes, constituye una isla de orden y certeza en el desenvolvimiento causal y caótico de la experiencia humana; 3) la propensión a contrarrestar doctrinas e ideologías de cualquier naturaleza y origen. Esto no impide de todos modos que, al final de los años sesenta, bajo el estímulo de una nueva generación de estudiosos, el comportamiento entre en crisis favoreciendo el surgimiento de al menos tres paradigmas alternativos a objeciones que ponen en evidencia el poco interés por la intencionalidad de la acción política y el aumento de

sensibilidad por la dimensión histórica de los fenómenos: a) la racionalidad de la acción; b) la inclinación institucional; c) aquellos fenómenos que Weber había llamado las “concepciones del mundo” (*Weltanschauungen*) que incluyen opiniones, ideas y valores.

El *paradigma de la elección racional (rational-choice)* se coloca en la tradición del individualismo metodológico; estudia sobre todo la acción racional definida en términos de maximización del interés personal; sigue una metodología que deriva en gran parte de la ciencia económica y adoptará un lenguaje que describe la política como una situación de interacciones y cambios que pueden ser interpretados como elecciones colectivas o juegos estratégicos; concibe las preferencias de los actores como factores exógenos respecto al sistema político de referencia. El *paradigma neo-institucionalista (neo-institucionalismo)* “vuelve a descubrir” el peso y la centralidad de las instituciones en la vida política y asume que las elecciones, las decisiones y los comportamientos, tanto de los ciudadanos como de los políticos, están fuertemente condicionados, por no decir determinados por las normas, por las reglas y por los procedimientos existentes en una sociedad dada. El neo institucionalismo recupera una visión holística de la política; considera las estructuras como variables independientes y los actores como variables dependientes; redescubre la importancia del Estado y, en general de las organizaciones formales e informales. El *paradigma de la cultura (culturalism)* se concentra en las determinantes intangibles de la política proponiéndose demostrar el condicionamiento que los valores, los sistemas de creencias, las opiniones, los símbolos y las ideologías ejercitan en el desarrollo de la lucha política en la constitución de las inclinaciones organizativas e institucionales, en la definición del procedimiento decisivo y de los contenidos de las políticas públicas. Paradigma de matriz holística, el culteranismo privilegia como punto focal del análisis de la *identidad*, que es interpretada como estados de conocimiento y de consciencia individuales y colectivos, que tiene la hipótesis de que las preferencias de los actores sean endógenas o provienen siempre del ambiente en donde están insertados los actores.

La fragmentación de la ciencia política y las “mesas separadas”

La ciencia política ha sido desde tiempo atrás escenario de una acalorada polémica entre quienes consideran esta disciplina como una ciencia exacta -formal, matemática, estadística y experimental- dedicada a la construcción de “leyes generales” probadas, y otros menos optimistas y más eclécticos, que sostienen que todos los métodos de acceso al conocimiento, tanto los propiamente científicos como otros menos rígidos como los de la historia, la filosofía y el derecho, son igualmente apropiados y útiles. Esta segunda posición, asume que las relaciones en las ciencias sociales son menos predecibles que en las ciencias exactas, toda vez que la información manejada por las ciencias sociales -las acciones y circunstancias humanas es regida por la memoria, el aprendizaje, las aspiraciones y la persecución de objetivos. Estas características de la cultura y el comportamiento humano tienden a limitarnos en el descubrimiento de regularidades menos tangibles y erosionables.

La cuestión radica en que a principios de la década de 1960, críticas como las de David Easton, David Truman y Robert Dahl que expresaron su convicción de que el enfoque científico en el estudio de los fenómenos políticos había demostrado su eficacia, y que podía considerarse, al lado de la filosofía política, el derecho público, la historia y la descripción de las instituciones, como un procedimiento válido para el estudio de la política. Este movimiento “de la disciplina” suscitó -para Gabriel Almond- cierta inquietud entre las viejas subdisciplinas, por lo que ahora “prevalece una incómoda fragmentación”¹⁵. Con esta situación se generó un malestar que prevalece entre los profesionales de las ciencias políticas, pues en el transcurso de las últimas décadas del siglo XX, la profesión había aumentado a más del doble en términos cuantitativos; es decir la ciencia política norteamericana se había extendido a Europa, América Latina, Japón y curiosamente hasta China y la URSS. “Las ciencias políticas adoptaron las características metodológicas y de organización de la ciencia -institutos de investigación, presupuestos en gran escala,

¹⁵ Gabriel A. Almond, *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, México, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública-Fondo de Cultura Económica, 1999 p. 40.

el uso de métodos estadísticos y matemáticos, etc.-. La ciencia política (había) prosperado materialmente, pero no es una profesión feliz”¹⁶.

Además de la importancia de explicar esta incómoda fragmentación, Almond -que señaló pertenecer a la segunda escuela- dividió lo que él calificó las “mesas separadas” en dos dimensiones: una ideológica y otra metodológica y señaló que, si se combinaban estas dos dimensiones, se obtendrían cuatro escuelas en las ciencias políticas, cuatro mesas separadas: la izquierda blanda, la izquierda dura, la derecha blanda y la derecha dura¹⁷, aunque advirtió que desde luego la realidad no está tan claramente delimitada, pues los matices ideológicos y metodológicos son más sutiles y complejos.

Dada la complejidad del asunto, dicho autor no dejó de asumir, en algunos momentos, una posición ambigua; no obstante algunas de sus afirmaciones son grandes verdades, por ejemplo “que pocos politólogos aceptarían que desde el siglo XVI, la ciencia política no ha hecho más que alejarse del recto camino, y que la única vía hacia el profesionalismo está en la exégesis de los textos clásicos de la teoría política”, pero también, “que cada una de estas escuelas o corrientes mantienen su versión de la historia de las ciencias políticas y, quien controle la interpretación del pasado en los archivos de nuestra historia profesional tendrá grandes posibilidades de controlar su futuro”¹⁸.

Almond concluirá su planteamiento en forma conciliadora al señalar que la inmensa mayoría de los politólogos, eclécticos en cuanto a sus enfoques metodológicos, así como quienes se esfuerzan por controlar la orientación metodológica de la actividad profesional, no deberían conceder a ninguna de estas dos escuelas el privilegio de escribir la historia de la disciplina, puesto que “la historia de la ciencia política no

¹⁶ *Ibidem*, p. 40.

¹⁷ *Ibidem*, p. 42.

¹⁸ Almond advierte el avance de lo que él llama la *izquierda blanda* en un momento en el que trató de apropiarse de la responsabilidad de escribir la historia profesional de la ciencia política, pues tal vez logró convencer a algunos de que se habían alejado del recto camino. Se refiere a las críticas de Ricci y Seidelman, aunque también hace la acotación de que la derecha dura considera que antes de la introducción de las metodologías matemática, estadística y experimental, no existían ciencia ni teoría políticas en el sentido estricto de la palabra. *Ibidem*, p. 52.

apunta hacia ninguna de esas apartadas mesas, sino más bien hacia la porción central, en donde sus ocupantes son partidarios de metodologías mixtas y aspiran a la objetividad”, por lo tanto, subrayará que consideraba un error afirmar que la ciencia política se desvió de la filosofía política clásica durante los siglos XVI y XVII y que había venido torciendo el rumbo a partir de entonces, como tampoco era correcto atribuir a la ciencia política estadounidense el mérito de haber separado la teoría y la acción políticas, por lo que defendió la existencia de toda una tradición sociológica y política que viene desde Platón, Aristóteles, pasa por Polibio, Cicerón, Maquiavelo, Hobbes, Locke, Montesquieu, Hume, Rousseau, Tocqueville, Comte, Marx, Pareto, Durkheim, Weber, y llega hasta Dahl, Lipset, Rokkan, Sartori, Moore y Lijphart, “que intentó y continua haciéndolo, relacionar las condiciones socioeconómicas con las constituciones políticas y las estructuras institucionales, y asociar estas características estructurales con tendencias políticas en tiempos de paz y guerra”¹⁹.

Almond concluirá con un argumento que es difícil de comprobar empíricamente: que “es un mito la contraposición de un enfoque europeo y otro estadounidense en torno al problema de la orientación humanista vs. científica (pues para él) el desarrollo de las ciencias sociales y políticas en los Estados Unidos de Norteamérica muestra una clara continuidad con sus antecedentes europeos²⁰.

Conviene destacar que, a principios de los años noventa, por “ciencia política”, se entendía la aproximación disciplinaria a los problemas de la política que tenía su origen en la “revolución conductista” (*behavior revolution*) afirmada en Estados Unidos durante las dos décadas posteriores a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. La cuestión es que esta aproximación se había difundido de manera amplia en la cultura estadounidense, pero también en Europa, particularmente en

¹⁹ Almond hace referencia a que en el momento más negro de la historia europea, durante los años treinta hubo una gran penetración de la ciencia social europea en los Estados Unidos de Norteamérica, propiciada por refugiados como Paul Lazarsfeld, Kurt Lewin, Marie Jahoda, Wolfgang Kohler, Hans Speier; Erich Fromm, Franz Neumann, Otto Kirchheimer, Leo Lowenthal, Franz Alexander, Hannah Arendt, Hans Morgenthau, Leo Strauss y muchos otros. *Ibíd.*, p. 52.

²⁰ *Ibíd.*, p. 58.

Inglaterra, Alemania y los países escandinavos y, a partir de los años sesenta, se había establecido también en Italia²¹.

En contraposición a esta noción específica de “ciencia política” algunos autores emplearon la expresión “filosofía política” para indicar aquella forma más tradicional de reflexión sobre el fenómeno político que se remite a los clásicos del pensamiento político occidental, como Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Locke y Marx. A diferencia de la ciencia política, la filosofía política no se limitaba a estudiar el comportamiento “observable” de los actores sociales y el funcionamiento de los sistemas políticos (contemporáneos), sino que, además, analiza, en términos muy generales, los medios, los fines y el “sentido” de la experiencia política.

En este sentido, autores como Danilo Zolo propusieron reconstruir los contenidos teóricos de la disputa que ha involucrado intensamente a las dos disciplinas a partir de los años cuarenta, y puntualizaron la situación de las relaciones entre estos dos modos diversos de estudiar y entender la vida política. Observaron que la “ciencia política”, en particular la estadounidense se encontraba en una situación de crisis que parecía amenazar su propia identidad como disciplina: expresión emblemática de esta crisis fue el título de un libro aparecido en Estados Unidos en 1984 intitulado: *The tragedy of political science* de David M. Ricci²².

Al abordar este debate, Zolo señala que en los años ochenta del siglo pasado en Italia se registró un notable resurgimiento de la filosofía política, impulsado por un grupo de politólogos cercanos a Norberto Bobbio, y destaca en este proceso, la “reflexión crítico-hermenéutica sobre la tradición del pensamiento político occidental”, así como la difusión de una literatura filosófico-política que hacía eco a las tesis del neo-aristotelismo alemán contemporáneo (*Rehabilitierung der praktischen Philosophie*) que buscó rediscutir la tradición democrático-occidental a la luz de autores como Carl Schmitt, Eric Voegelin, Leo Strauss y Hannah Arendt.

²¹ Consúltese, Danilo Zolo, *La democracia difícil*, México, Alianza Editorial, 1994, p. 45.

²² *Ibidem*, p. 46.

Esta búsqueda tenía por objeto contribuir a una profunda renovación de los modos y contenidos de la reflexión política contemporánea, en medio de la disputa entre los partidarios de la ciencia política y sus adversarios en lo que se puede calificar un periodo que va de la “revolución conductista” al postempirismo.

La ciencia política “unificada” y las otras ciencias sociales

Robert Goodin y Hans Dieter Klingeman editaron el *Nuevo Manual de Ciencia Política* publicado en español en 2001, producto del Congreso mundial de la *International Political Science Association* celebrado en Berlín en 1994, en el que se refleja el estado actual de la ciencia política, pero que, a nuestro juicio, no deja de representar la visión de la ciencia política estadounidense.

Ambos autores destacaron en dicho texto dos temas principales: el primero de ellos se refería la creciente “profesionalización” en la ciencia política en general, lo que significaba que había un acuerdo creciente en torno a un “núcleo común”, que podría definir la “competencia profesional mínima” dentro de la profesión; el segundo, que había una tendencia creciente a juzgar el trabajo –el propio incluso más que el de los demás- en términos de los patrones cada vez más altos de excelencia profesional.

También enfatizaron que se había vertido mucha tinta sobre la cuestión de si el estudio de la política era o no verdaderamente una ciencia. La respuesta depende en gran medida de cuánto pretende cargar uno en el término “ciencia”. Al respecto, ellos optaron por una definición minimalista de ciencia: *como una “investigación sistemática que tiende a construir un conjunto ordenado de proposiciones cada vez más diferenciado sobre el mundo empírico”*, pues en estos términos, deliberadamente espartanos, hay pocas razones para pensar que el estudio de la política no pueda aspirar a ser científico.

Goodin y Klingeman en el balance hecho sobre la disciplina, añadieron la siguiente consideración: que en su momento culminante la revolución behaviorista (conductista) era desde muchas perspectivas un asunto plenamente jacobino. “Y no

estaríamos llevando la analogía demasiado lejos si decimos además que la reacción fue termidoriana”, pues los primeros revolucionarios behavioristas se dedicaron a desprestigiar los formalismos de la política –las instituciones, los organigramas, los mitos constitucionales y las ficciones legales- como un puro engaño. Aquellos a los que la revolución behaviorista dejó atrás, al igual que quienes a su vez trataron de dejarla a ella, colmaron de olímpico desdén las pretensiones científicas de la nueva disciplina, apoyándose en la sabiduría de los sabios y de los tiempos.

Una generación más tarde, el escenario volvió a repetirse con la imposición por parte de los revolucionarios de la “elección racional” del orden formal y el rigor matemático sobre la lógica que los conductistas habían tomado prestada de la psicología. Una vez más, la disputa asumió una forma maniquea del bien contra el mal. No se iba a tolerar ninguna instancia intermedia. En nombre de la integridad y la parsimonia teóricas, los constructores de modelos de la elección racional se afanaron (al menos inicialmente) por reducir toda la política al juego del estrecho interés egoísta material, excluyendo los valores de la gente, los principios y las vinculaciones personales, así como la historia y las instituciones de las personas. Tanto en la revolución de la elección racional como en la conductista se lograron muchas victorias famosas, pero aunque las ganancias fueron muchas, también lo fueron las pérdidas.

En contraste con ambos momentos revolucionarios, ambos autores afirmaron que algunos años después nos encontramos en un sólido período de acercamiento. La contribución más significativa a ese acercamiento ha sido la emergencia del “nuevo institucionalismo”. Los politólogos han dejado de pensar en términos excluyentes de agencia o estructura, interés o instituciones, como impulsos de la acción: ahora, prácticamente todos los estudiosos serios de la disciplina dirían que se trata de una mezcla prudente de ambos. Los politólogos han dejado de pensar en términos excluyentes de tendencias de la conducta u organigramas; de nuevo, prácticamente todos los estudiosos serios dirían ahora que se trata de analizar el comportamiento dentro de los parámetros impuestos por los factores institucionales y las estructuras de oportunidad.

En suma, el dibujo que surgía de este análisis y de los restantes treinta y cuatro capítulos del Nuevo Manual sobre los que se basa, es la “figura feliz de una disciplina fragmentada de académicos brillantes y emprendedores que miran constantemente por encima de las cercas que solían separar subdisciplinas”. Así que para Goodin y Klingeman la vieja aspiración de una ciencia unificada podría seguir siendo una quimera todavía, puesto que al final del siglo, la ciencia política parecía ser una ciencia potencialmente unificable.²³

La tesis de la especialización, la fragmentación y la hibridación

Mattei Dogan, al participar en el debate, planteó el problema de que “la disciplina de la ciencia política se encontraba mal definida al decir que era amorfa y heterogénea, pues los rasgos principales de las ciencias políticas son: la especialización, la fragmentación y la hibridación; es decir, sus fronteras son abiertas, movibles y no necesitan definirse”. Por ello, afirmó que el proceso de especialización había generado una fragmentación creciente en sub-campos, que no son amorfos sino, más bien, bien organizados y creativos. “La heterogeneidad se había nutrido de los intercambios con las disciplinas vecinas mediante la construcción de puentes entre campos especializados de varias ciencias sociales”. En este sentido, el proceso de fertilización mutua se logra mediante la hibridación.

La tesis de Dogan es la siguiente: las relaciones entre la ciencia política y las otras ciencias sociales son en realidad relaciones entre sectores de distintas disciplinas, no entre disciplinas enteras. No es una empresa interdisciplinar.

Dado que no hay progreso sin especialización, los intercambios creativos tienen lugar entre subcampos especializados, que la mayor parte del tiempo se encuentran en los márgenes de las disciplinas formales. El avance actual de las ciencias sociales puede explicarse en gran parte por la hibridación de distintos segmentos de estas ciencias. Sería imposible concebir una historia de la ciencia política y de

²³ Consúltese, Robert Goodin y Hans-Dieter Klingemann (eds.), “Ciencia Política: la historia de la disciplina” en *Nuevo Manual de Ciencia Política*, Tomo I, Madrid, Editorial Istmo, pp. 21-82

sus tendencias actuales sin referencia a las otras ciencias sociales. Debido a esto, convenía hacer una distinción entre especialización dentro de una disciplina formal y especialización en la intersección de sub-campos monodisciplinarios, por tanto, la hibridación, sólo podía tener lugar después de que lo primero haya llegado a desarrollarse plenamente.

En este orden de ideas Dogan señaló que para que existiera un paradigma debía darse otra condición: las teorías tenían que referirse a los aspectos esenciales de la realidad social, pues cuanto más ambiciosa era una teoría, tanto menos podía ser comprobada directamente con los datos disponibles.

Además, en las ciencias sociales no hay descubrimientos fundamentales como los que hay a veces en las ciencias naturales. En su lugar, se construyen teorías inverificables, en parte porque la propia realidad social cambia. También, y de manera más importante, los errores cometidos por los gigantes de las ciencias naturales son la mayoría de las veces de naturaleza metodológica. Por tanto, distintas disciplinas pueden proceder a examinar el mismo fenómeno desde distintos focos. Esto implica una división de territorios entre las disciplinas. Por el contrario, la hibridación implica un solapamiento de segmentos de disciplinas, una recombinación de conocimiento en nuevos campos especializados.

Por ejemplo: alternativamente, pueden pertenecer a un campo o sub-campo híbrido: el comportamiento de las masas (relacionado con la psicología social); el reclutamiento de élites (relacionado con la sociología y la historia); la política urbana (relacionado con la geografía social); los Estados de Bienestar (relacionado con la economía social y la historia social); los valores (relacionado con la filosofía, la ética y la psicología social); las capacidades de gobierno (relacionado con el derecho y la economía); la pobreza en los países tropicales (relacionado con la agronomía, la climatología y la geografía económica); el desarrollo (relacionado con todas las ciencias sociales y varias naturales), etcétera.

Otro ejemplo: un psicólogo político que estudia los movimientos de protesta y la alienación interactúa sólo un poco con el colega que utiliza la teoría de juegos para

estudiar el mismo tema. Puede encontrar un terrero intelectual común con el historiador social que estudia el fenómeno en épocas anteriores o con el sociólogo que estudia el impacto del desempleo o la inmigración sobre la violencia y la deslegitimación en algunos países europeos.

Como se puede inferir, todos los temas importantes cruzan las fronteras formales de las disciplinas: la quiebra de las democracias, la anarquía, la guerra y la paz, el cambio generacional, el nexo libertad-igualdad, el individualismo en las sociedades avanzadas, el fundamentalismo en las sociedades tradicionales, la clase gobernante, la opinión pública. La mayoría de los especialistas no están localizados en el así llamado núcleo de la disciplina.

En suma, afirmó Dogan: “la ciencia política vive en simbiosis con las demás ciencias sociales, y continuará siendo una ciencia creativa en la medida en que siga siendo extrovertida. De hecho, esta ciencia no tiene elección porque está genéticamente programada para generar nietos que hablarán distintas lenguas y se sentarán, como dice Almond en “mesas distantes”. Estas mesas son distantes porque están colocadas en los intersticios de las disciplinas en el enorme territorio interior de la ciencia política”.²⁴

De las “mesas separadas” a los puentes interdisciplinarios

Las últimas dos décadas del siglo XX y el comienzo del actual enmarcan el escenario de un resurgimiento de la ciencia política. En los Estados Unidos es más fácil observar este hecho porque la disciplina está firmemente institucionalizada y profesionalizada. Su sostén es la base de centros de investigación y docencia (y *think tanks*) bien establecidos, programas de programa estructurados y con perfiles bien diseñados y la conciencia de que en cada avance hay generaciones de investigadores que han contribuido a establecer las líneas de investigación. Hay autores sudamericanos que señalan que, a diferencia de los años 60, en las

²⁴ Véase, Mattei Dogan, “La Ciencia política y las otras ciencias sociales” en *Nuevo Manual de Ciencia Política*, Tomo I, Madrid, Editorial Istmo, pp. 150-196.

postrimerías del siglo XX nuevas escuelas de investigación aparecen y se consolidan para crear un ambiente de diversidad teórica y metodológica.

Algunos estudiosos señalan que desde la era de las “mesas separadas”, de los programas de la ciencia política que observaba Almond, han surgido innumerables puentes e hibridaciones de programas de investigación y la observación que hacen es que más que una tendencia a la homogenización existe un clima de debates e innovación. Sin embargo, para un observador externo, aun notando las diferencias, matices y contrastes en los programas de trabajo, es fácil identificar una identidad estadounidense. Esta marca distintiva es la constante búsqueda de validaciones metodológicamente plausibles. De aquí que el centro de los debates generalmente no sea el de la reconstrucción conceptual, sino los procedimientos metodológicos. En otras palabras, la construcción de conceptos se ha trasladado a la de la definición de los objetos de estudio, y la elección de los métodos idóneos. Esta orientación hacia la operacionalización de la teoría política, es la contribución más perdurable de la ciencia política estadounidense²⁵. Aunque prevalece una condición de constante debate sobre las cuestiones de método, no han fructificado los esfuerzos de implantar un programa de unificación metodológica. Lo más destacado en las últimas décadas es la de las tensiones entre metodologías cualitativas y cuantitativas.

Por lo que respecta a la actividad y la producción de la ciencia política en América Latina, esta ha venido creciendo aceleradamente durante las dos últimas décadas. La democratización de la región a partir de la década de 1980 generó condiciones favorables para la promoción de la actividad académica. Universidades públicas y privadas y numerosos centros de investigación, de forma creciente, fueron restaurando e incrementando los espacios y recursos destinados a la producción de conocimiento social. En muchos casos, los estados de la región han estimulado este desarrollo aportando recursos y estableciendo instituciones para la promoción de la actividad científica. Como consecuencia, la comunidad científica ha aumentado

²⁵ Godofredo Vidal de la Rosa, *Ensayos sobre la ciencia política en México y Latinoamérica*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, 2013, p. 37.

extraordinariamente su producción, al tiempo que las instituciones académicas se enfrentan crecientemente con la necesidad de establecer criterios para evaluar a las personas y los productos. Esto ha conducido a la progresiva incorporación de criterios que ya venían siendo utilizados en el mundo desarrollado, la exigencia de títulos de doctorado o la publicación de artículos en revistas arbitradas²⁶.

Ahora bien, aunque la producción de la ciencia política latinoamericana se ha incrementado de forma exponencial durante las últimas dos décadas, sus productos tienen baja visibilidad y ocupan un lugar subordinado en el mundo académico. Es un hecho evidente y confirmado que los investigadores de la región le dan un espacio muy relevante a la producción del mundo desarrollado, pero esta actitud carece de reciprocidad; los textos producidos en el primer mundo raramente citan trabajos publicados en América Latina. Podría pensarse que la escasa referencia a la producción de ciencia política en el mundo desarrollado, se debe simplemente a que no existen niveles de calidad aceptables para lograr una consideración suficiente, lo cual puede ser parte de la explicación, ya que los niveles de desarrollo en Latinoamérica son inferiores y, de la misma forma que en otros ámbitos, las capacidades científicas son limitadas. Otro aspecto vinculado a la baja visibilidad de impacto de la producción de ciencia política latinoamericana, es que la producción no se publica en los medios a los que acuden regularmente los académicos del mundo desarrollado, a lo que se suman dos cuestiones: el tipo de publicación (revistas indexadas en los sistemas internacionales) y el idioma en el que se escriben los textos.

Asimismo, persiste una reflexión en el sentido de que, aunque la cantidad de publicaciones de las ciencias sociales latinoamericana sea mayor, se ha perdido capacidad de interlocución crítica con el *mainstream* y con quienes practican la ciencia política desde el paradigma dominante. Lo anterior remite a que quienes piensen que dicha capacidad de interlocución y de interpelación nunca estuvo ahí,

²⁶ Véase, Daniel Bouquet, “Producción e impacto de la ciencia política en América Latina”, en Martin Tanaka y Eduardo Dargent *¿Qué implica hacer ciencia política desde el sur y desde el norte?* Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015, pp.

deben remitirse al ejemplo de la teoría de la dependencia, explícitamente formulada para problematizar y rebatir, más allá de sus méritos intrínsecos, a la teoría de la modernización; es decir en el pasado, la región también ha sido prolífica respecto a la innovación conceptual en ciencia política²⁷.

El debate anterior producto de diversos “diagnósticos” definen líneas de discusión encaminadas, por una parte a discutir los criterios de profesionalización aplicados, así como fortalecer las comunidades de investigación, además del fortalecimiento de redes y revistas propias que logren contrapesar los criterios predominantes en el *mainstream*, por ejemplo el caso europeo y el *European Consortium for Political Research* que provee ejemplos interesantes respecto a la construcción de una comunidad propia con capacidad de interlocución crítica, en suma la propuesta es intentar dialogar con el *mainstream* en base a aportes y críticas teóricas²⁸.

En suma, este tipo de reflexiones cargadas también no sólo de elementos diagnósticos sino de reflexiones valorativas sobre la región latinoamericana, llevan a recomendar, por una parte que se debe evitar simultáneamente “desengancharnos” del *mainstream*, pero por otra acoplarnos al mismo en forma acrítica, pues lo primero diluye nuestra capacidad de generar impacto en función de un conocimiento más contextualizado y con densidad teórico-metodológica sobre la región, lo segundo vuelve a los estudios y a sus practicantes en irrelevantes dada la influencia creciente de la ciencia política norteamericana y la creciente autonomía de sus practicantes respecto a la realidad y a quienes plantean visiones alternativas.

²⁷ Consúltese, Juan Pablo Luna, “En *off side*. Notas sobre la ciencia política contemporánea en América Latina”, en Martin Tanaka y Eduardo Dargent, Op. cit., p. 147.

²⁸ Op. cit., p. 159.